

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Daniel Codina, monje de Montserrat
17 de junio de 2012
Ez 17, 22-24 / 2Cor 5, 6-10 / Mc 4, 26-34

Hermanos: Esta época del año que estamos atravesando, la primavera, nos puede ayudar a comprender la enseñanza de fe y de fidelidad que hoy nos ha sido dado en las lecturas de este domingo. La vegetación, superando el letargo del invierno, se despabila y estalla en una lozanía llena de vida y de belleza: el color verde intenso, tierno, las flores, los frutos, los campos dorados que se preparan para la siega: una explosión de vitalidad, de superación de los tiempos difíciles del frío y del mal tiempo, una explosión también de esperanza, pues los frutos y las semillas deben asegurar el futuro de la misma naturaleza y de todos. Y todo esto se ha hecho solo, mientras nosotros hacíamos nuestro camino, empeñados en mil ocupaciones o preocupaciones, o a pesar de nosotros que a menudo nos empeñamos en destruir o malgastar la misma naturaleza, o bien distraídos disfrutando de nuestro descanso, o distraídos en cosas que no van a ninguna parte. Es más: cada semilla crece y da fruto según lo que es, y a veces sorprende que una semilla diminuta e insignificante se transforme en una planta bastante grande y lozana.

Pero no es la atención hacia la naturaleza lo que las dos parábolas del evangelio nos quieren inculcar: quieren atraer nuestra atención para descubrir y averiguar con espíritu sencillo y abierto, como el de los pescadores y gente sencilla de Galilea que seguían y escuchaban a Jesús de Nazaret, qué es, cómo funciona, cómo se muestra, como transforma los corazones esta realidad importante, pero un poco misteriosa y difícil de entender, que es el Reino de Dios. Este Reino es el objetivo principal de la predicación de Jesús y es una buena noticia para los hombres y mujeres de buena voluntad; además, Jesús nos hace pedir en la oración que enseña a los discípulos y a todos nosotros, que *"venga a nosotros tu Reino"* (Mt 6, 10); una realidad que se identifica con la predicación y los milagros de Jesús: *"Si yo expulso a los demonios por el Espíritu de Dios -no por el poder del príncipe de los demonios, tal como acusaban Jesús - es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios"* (Mt 12, 28).

"El reino de Dios se parece a...", así Marcos inicia el relato de la primera de las dos parábolas: la de la semilla que crece sola, una vez sembrada. Parece que Jesús no se complace tanto, para explicar el Reino, en la actividad del campesino al sembrar y segar el final, sino en el período de inactividad, en el trabajo o actividad silenciosa, escondida, tenaz, de la semilla enterrada en tierra. Es aquí donde quiere fijar la atención de los oyentes. Quiere hacer comprender el trabajo de Dios: el del campesino ya se ve, y es necesario que se haga, pero el de Dios no se ve y a veces puede dar la impresión de que Dios se desentiende de la obra empezada. Claro, la misma fórmula empleada por Jesús: *Reino de Dios*, puede inducirnos a hacernos una imagen más vistosa, aparente, activa de esta realidad. Incluso, a menudo la hemos asimilado en manifestaciones externas brillantes, triunfalistas, de la religión o de la iglesia, en suntuosidad ritual o de nobleza personal, o incluso en un trabajo misionero sacrificado. No, nada de eso. El trabajo de sembrar y de segar hay que ponerlo, pero la realidad importante es la fe y la confianza que exige la semilla sembrada, la palabra de Dios predicada y vivida por Jesús mismo. Esta Palabra, a pesar de las apariencias, va haciendo su curso, hasta el resultado final. San Pablo lo tenía muy claro cuando, ante las divisiones y facciones de la iglesia de Corinto, les escribe: *"Yo planté, Apolo regó, pero fue Dios quien hizo crecer; de modo que, ni el que planta es nada, ni tampoco el que riega; sino Dios que hace crecer... Nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros, campo de Dios, edificio de Dios"* (1 Co 3, 6-9).

La segunda parábola, es similar: una semilla raquílica, pequeña, contiene una fuerza y una vitalidad inusitadas. Y parece que Jesús quiera curarnos contra la decepción y el desánimo que pueden producirnos los inicios modestos, inciertos, incluidos los fracasos, de la predicación. Jesús atrae la atención, una vez más, hacia el interior, hacia la fe y la confianza: ¿verdad que las semillas tienen un potencial que se nos escapa y que no podemos cuantificar? Pues igual ocurre con el Reino. Nos dice: sed positivos, mirad el interior, tened la paciencia del campesino, del que sabe esperar y confiar: el Reino de Dios se amasa y se consolida en la fe y en la fidelidad de la paciencia.

Hoy, hermanos, el Señor, al igual como hizo con sus contemporáneos narrándonos estas dos pequeñas parábolas, nos quiere hacer entrar más adentro en la comprensión del misterio del Reino de Dios que él mismo ha inaugurado: Él mismo es la semilla sembrada en el mundo, una semilla que, sin embargo, a pesar de los fracasos y la cruz, a pesar de los escándalos y las decepciones de muchos discípulos de Jesús, va haciendo su camino. Él mismo vive y está presente en nuestra historia, asegurando así la presencia y la vitalidad de Dios, el Padre. Entrar íntimamente en el misterio del Reino significa estar muy atentos, con los ojos y el corazón muy abiertos para descubrir esta vida y presencia de Dios: el amor y la fidelidad de los esposos, la caridad de tantas y tantas personas que trabajan en los hospitales o en los asilos de ancianos o de niños o en la calle, la alegría de los niños, la generosidad de los jóvenes y la serenidad de los ancianos, los padres y madres que se desviven por cuidar y educar a los hijos, el trabajo abnegado de los educadores y maestros y de los catequistas, los que viven una vida de retiro y de silencio en la paz y la oración, el ministerio sacerdotal abnegado, el de los misioneros en tierras lejanas o en nuestra propio país... Una presencia que a menudo nos puede pasar desapercibida, pero que conviene que sepamos ver y valorar en la esperanza.

Pedimos que la gracia del Espíritu Santo, del Espíritu de Jesús, guíe siempre nuestros corazones y los ilumine para que sepamos comprender "*lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo del amor de Cristo*" (Ef 3, 18), núcleo y motor del Reino, y que nos dé a todos una fe y una esperanza lo suficientemente vivas para que sepamos dar siempre y en todas partes frutos de verdad y de caridad.